

Pablo
Ansolabehere.
Oratoria y
evocación. Un
episodio perdido
en la literatura
argentina

Buenos Aires:
Santiago Arcos
editor, 2012, 111p.

Sofía Irene Traballi

Profesora de Ciencias Antropológicas
por la Universidad de Buenos Aires.
Se desempeña como adscripta en las
cátedras de Literatura Latinoamericana
II y Problemas de Literatura
Latinoamericana (A) de la carrera de
Letras de la UBA, y participa en el
proyecto de investigación UBACyT
“Historia comparada de las literaturas
argentina y brasileña”.

Contacto: sofia_traballi@yahoo.com.ar

En *Oratoria y evocación*, Pablo Ansolabehere toma como objeto de indagación “la llamada época de oro de la oratoria nacional” (Ansolabehere, 2012, 6)¹. Recortando el análisis al período que se extiende desde 1870 hasta la década de 1920, época en la que una serie de hombres públicos (Adolfo Alsina, Pedro Goyena, Leandro Alem, Carlos Pellegrini, entre otros) se destacó, entre otras cosas, por su talento oratorio, la propuesta consiste en “seguir las huellas de la relación entre oratoria y literatura en la Argentina, cuando ya hace tiempo los vínculos que garantizaban la existencia de esa relación parecen definitivamente olvidados” (5). La oratoria como parte de las “bellas letras”, como género literario, conforma un objeto que el autor mismo define como **anacrónico**; no obstante, hacia allí se dirige la pesquisa, hacia ese núcleo histórico y estético cuya centralidad de antaño en el canon nacional derivó más tarde hacia los márgenes para finalmente desaparecer de la esfera misma de la literatura.

El ensayo parte de una pregunta teórico-metodológica: ¿cómo conformar un *corpus* sobre un género donde los aspectos ajenos a lo escrito cumplen un rol tan preponderante? El enfoque asumido al respecto es, en este sentido, original y productivo, tanto como riguroso en su despliegue: no se tomarán como base de este *corpus* las trasposiciones escritas de los discursos de los oradores para indagar allí su ética, sus temas y recursos (entre otras razones, porque estos textos sólo permiten recuperar la dimensión textual del acto de oratoria, dejando de lado los aspectos no textuales), sino que se recurre para ello a otro tipo de textos: por un lado, los llamados “escritos de la evocación”, en los que un autor recupera —evoca— una escena y una figura oratoria en particular, y en los que Ansolabehere advierte una vía privilegiada para acceder a la multiplicidad de dimensiones (tanto textuales como *no textuales*) que hacen a la práctica de la oratoria; en segundo

1 Todas las citas pertenecen al texto reseñado. A partir de ahora, sólo se consignará el número de página.

lugar, aquellos textos que reflexionan críticamente sobre el arte oratorio y contribuyen a definirlo; y, por último, un conjunto de obras de ficción en donde el orador aparece como protagonista de la historia y en donde las “escenas oratorias” ocupan un rol fundamental. En síntesis, el modo de aproximación no consiste en trabajar directamente con las transcripciones del discurso oratorio, sino con aquellos textos que elaboraron, teorizaron, evocaron o ficcionalizaron el arte de la oratoria. Instalado en el cruce de esta textualidad diversa, el trabajo apunta a remarcar el carácter literario de la oratoria del período, planteando la posibilidad de reincorporarla al ámbito de los estudios de la literatura: partiendo de esa base, se propone ensayar un *corpus* de oratoria nacional reflexionando acerca de otros intentos previos en este mismo sentido, y acerca de los rasgos (literarios, políticos, estéticos) que definieron la oratoria nacional en su “época dorada”.

El primer capítulo comienza por abordar críticamente dos importantes compendios sobre oratoria escritos a principios del siglo XX: el de Neftalí Carranza (1905) y los tres capítulos destinados a la oratoria en la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas (1917-1922). Más allá de las diferencias de método y objetivos, y de sus limitaciones y aciertos, Ansolabehere advierte en estas obras similar intención de dar forma a un *corpus* de oratoria, a partir de una concepción de este arte como punto de cruce fundamental entre la literatura nacional y la historia política. Retomando un núcleo problemático que ya aparece planteado en el estudio de Rojas, el ensayo plantea como objeto de análisis la compleja y problemática relación que sostienen oratoria, retórica y ética, así como también el vínculo que mantiene la oratoria con la lectura y la escritura, aun cuando estas prácticas en cierto sentido pueden entrar en tensión con otras igualmente caras al arte del orador: la memoria y la improvisación. Para trabajar estas cuestiones en el contexto nacional, el autor recurre al aporte de dos “críticos-evocadores”: Paul Groussac (en torno a la oratoria de José Manuel Estrada y Pedro Goyena) y Mariano de Vedia y Mitre (en torno a Goyena y Belisario

Roldán), quienes reflexionan, precisamente, acerca de la importancia que tienen para la oratoria la escritura, la memoria y la improvisación. El análisis recupera la perspectiva de Groussac en torno a la relación oratoria-escritura, para advertir en ella una transformación, una *inversión*, con respecto al modo en que esta relación se concebía medio siglo antes: si en la primera mitad del siglo XIX eran las cualidades orales las que, en última instancia -y a pesar de la autonomía que iba adquiriendo la escritura- legitimaban la calidad de una pieza escrita, Groussac, por el contrario, concibe la escritura como fundamento de la legitimidad de la práctica oratoria y como condición de su perfección formal, su perdurabilidad en el tiempo y su llegada a un público amplio, mediante la posibilidad de reproducción que ofrece el discurso escrito. Como último punto de análisis, Ansolabehere argumenta que los “escritos de la evocación” nos brindan la posibilidad de reponer la experiencia *in situ* de la *performance* oratoria, planteando como hipótesis que por su carácter irrepetible, único, esta experiencia supo suscitar la *melancolía* de los evocadores, y también la *nostalgia* en torno a la paulatina desaparición de los viejos oradores, fenómeno en el que parecía cifrarse el fin de una época.

Uno de los aspectos centrales que define el lineamiento de *Oratoria y evocación* es la importancia que le otorga al orador en tanto *figura*: su presencia, su voz, sus cualidades actorales, entre otros rasgos, son elementos definitorios de su arte (tanto o más que “su texto”). En el capítulo segundo se analiza esta figura en torno a dos tipos básicos que Ansolabehere destaca frente a otros posibles por considerar que “condensan de manera complementaria” (40) los rasgos propios del género: el *tribuno* y el *orador poeta*. Reponiendo brevemente sus antecedentes en la Roma antigua y en la Revolución Francesa, el ensayo analiza la perspectiva de Rojas en torno a este tipo de orador, señala sus casos paradigmáticos en la Argentina—Adolfo Alsina, Leandro Alem, Carlos Pellegrini y Aristóbulo del Valle— y define sus rasgos centrales, entre los cuales destaca la relación del tribuno

SOFÍA IRENE TRABALLI

con las masas populares. Fiel a su método, las figuras de estos oradores se hacen presentes en este estudio a través de los comentarios de evocadores y críticos, entre los que figuran Groussac y Rojas, pero también Estanislao Zeballos y José M. Ramos Mejía. En los escritos de Rojas y Groussac el autor vuelve a señalar el modo en que la escritura supo entramarse con la oratoria y oficiar como su legitimación, lo cual explicaría que ambos críticos ubiquen a A. del Valle y a L. Alem “en el límite” del género en tanto fueron (a diferencia de Pellegrini) oradores puramente orales que no sustentaban su discurso en una escritura previa sino en la improvisación y la elocuencia. Siguiendo el análisis de la figura del tribuno, el trabajo recurre también a lo que denomina “ficciones oratorias”: *Irresponsable*, de Manuel T. Podestá [1889] y *Don Manuel de Paloche* [1898], de Francisco Sicardi (novela que forma parte de la saga *Libro extraño*). Estos relatos se caracterizan por poner en escena y elaborar críticamente la figura del tribuno popular en su relación con la *muchedumbre*, los males de la política criolla y la *logomanía* (Sicardi) que ha invadido a Buenos Aires en el fin de siglo.

En cuanto al *orador poeta*, Ansolabehere recupera y problematiza la caracterización que de esta figura hace Rojas, cuestionando que en dicho estudio no se mencione la importancia que tienen para este tipo de orador los “juegos florales” (famosos en las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX), certámenes organizados por las elites en donde se premiaba a oradores de estilo poético. En ellos se destacó Belisario Roldán, quien llegó a independizar la oratoria de otro fin que no fuera el poético, fenómeno que el autor destaca y propone leer en sintonía con el proceso de autonomización de la literatura respecto a la política operada a principios de siglo. En este sentido, el ensayo plantea que el orador artista pone de manifiesto como ningún otro la impronta literaria del arte oratorio, demostrando la pertinencia de integrar la oratoria nacional, como lo hiciera Rojas, en el terreno de la producción literaria.

En el capítulo titulado “Últimas palabras”, partiendo de la idea de I.

Tinianov de que la parodia de un género es un síntoma de su agotamiento, Ansolabehere propone leer en la novela *Historia funambulesca del profesor Landormy* [1944], de Arturo Cancela, un ejercicio de parodia de la oratoria nacional y latinoamericana, que comienza por ese entonces a percibirse más como retórica cristalizada -formulismo trillado- que como género literario vigente y productivo. El análisis continúa el derrotero de la estampa del orador en el *documento* fotográfico (pensado como otra de las vías por las que pueden perdurar algunos de los aspectos no textuales del acto oratorio) y en el *monumento* (la estatuaria), para lo cual incorpora al texto un conjunto de fotografías: la primera, aparecida en *Caras y Caretas*, permite ver el gesto del orador Roldán en la inauguración de la estatua de Echeverría, y las siguientes corresponden a las estatuas de Alsina, Alem y Pellegrini, y se acompañan de una breve descripción de la actitud y la expresión de cada orador. El vínculo entre oratoria y estatuaria alienta una serie de reflexiones, entre ellas, la concepción de la *estatua del orador* como huella de una práctica que ha devenido anacrónica o, dicho en otras palabras, como “condensación de un género (...) anclado en una época” (98).

La última parte del estudio, incluida a modo de Apéndice, se focaliza en el contexto de la Revolución del Parque (1890) para analizar las visiones críticas y paródicas que la oratoria suscitó, incluso en su época más álgida. En este sentido, se aborda el paralelismo de impronta farsesca que las crónicas y las caricaturas de la época señalaran entre la reunión en el “Frontón de Buenos Aires” de los políticos opositores al presidente Juárez Celman, y el emblemático episodio de la Revolución Francesa conocido como *Le Serment du Jeu de paume*. Se recupera para ello la perspectiva de Groussac, así como también el testimonio del evocador Juan Balestra, cuyas apreciaciones sobre los oradores asistentes (Bartolomé Mitre, Pedro Goyena, Leandro Alem, entre muchos otros) se confrontan con la mirada paródica que propone en su caricatura la revista *El Mosquito* (dibujo reproducido en el volumen): en relación a este tema, el ensayo plantea que

SOFÍA IRENE TRABALLI

la óptica corrosiva de la revista impregna la oratoria de una impronta de farsa, de práctica teatral, denunciando su desvinculación con el pueblo y la mediocridad de algunos de los oradores, tal como deja ver la representación de Mitre –reputado de gran orador- leyendo su discurso de un papel.

Tal como sugiere el propio autor, *Oratoria y evocación* puede ser leído “como una antología de escenas oratorias de la literatura nacional” (10), una trama de múltiples discursos que nos permite acercarnos a esa forma literaria del pasado que, a pesar de haber sido prolífica en sus manifestaciones y abundante en matices y complejidades, ha sido escasamente transitada o directamente excluida del ámbito de los estudios literarios más allá de la década del 20. Con un estilo pausado y cálido, y al mismo tiempo ágil, el texto escapa al tráfigo erudito y la proliferación de referencias teóricas, razón por la cual se vuelve accesible –y de grata lectura- para un público no especializado. En términos de debate académico, su aporte es peculiar y decididamente enriquecedor: Ansolabehere opta por un objeto marginal, anacrónico que, no obstante, le permite desplegar problemas centrales: la pregunta –y la toma de posición- acerca de la relación entre oratoria y literatura no sólo implica la reflexión acerca del arte oratorio, ese género literario *episódico*, ese capítulo fundamental de la historia literaria y política argentina; sino también, como reverso del mismo movimiento, concita una reflexión sobre la literatura misma, su carácter de construcción histórica, nuestra forma (necesariamente variable, diacrónica) de concebirla, demarcarla, producirla, y volver siempre a interpelar sus límites.